

The background of the cover is a close-up of a classical sculpture, likely a head of a figure, rendered in a light, possibly marble or stone, color. The sculpture is set against a dark, textured background. A small, bright yellow rectangular object is visible in the upper right corner of the image.

La sexualidad y el poder

Esther Díaz

prometeo^l
libros

LA SEXUALIDAD Y EL PODER

Esther Díaz

La sexualidad y el poder

 **prometeo)**
l i b r o s

Díaz, Esther

La sexualidad y el poder / Esther Díaz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-259-1

1. Filosofía Contemporánea. 2. Estudios Culturales. I. Título.
CDD 306.7

Armado: José Espinosa

Corrección: Gervasio Espinosa

© 1ra. Edición, Editorial Almagesto, Bs. As., 1993.

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

editorial@treintadiez.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

ÍNDICE

Prólogo. El desandar del deseo.....	9
Capítulo 1. El narcisismo contemporáneo	15
Capítulo 2. ¿Qué es poder?	25
Capítulo 3. ¿Qué es la sexualidad?.....	59
Capítulo 4. La sexualidad y el poder	87
Capítulo 5. La sexualidad, esa estrella apagada	117

PRÓLOGO

El desandar del deseo

La brújula de la presente escritura marca un rumbo menos errático que preciso. Anuncia —cual arcángel apocalíptico y depresivo— un fin inesperado e impensable. Proclama que el rey está desnudo o, para despojarlo de metáforas, que la sexualidad ha muerto. Mi hipótesis es que la sexualidad, que nació en la adolescencia de la modernidad y lució sus mejores brillos entre los pesados pliegues de las vestimentas decimononas, comenzó a esfumarse a mediados del siglo XX por exceso de exposición.

¿Se acuerdan del temor que precedió al traspaso del milenio? Las computadoras se iban a volver locas. El cataclismo digital produciría muerte masiva en los hospitales, evaporación de cuentas bancarias, desaparición de la identidad civil de todo un país y cosas por el estilo. Las potencias primermundistas invirtieron millones para prevenir el flagelo digital y, en los países pobres, los corruptos se enriquecieron aún más haciendo como que tomaban medidas para impedir la hecatombe.

Pero lo más sorprendente es que mientras todos estábamos atentos a la incalificable catástrofe informática, no advertimos que la tecnología estaba más vigorosa que nunca y que quien realmente declinaba era una de nuestras más estimulantes y conflictivas formas de deseo: la sexualidad.

Nosotros hacemos como si no pasara nada. Nos ayuda que todavía podemos captar el brillo de la sexualidad como se ve el de una estrella

apagada. La fuerza de los hábitos, la memoria machacada y el imaginario heredado nos convierten en una especie de autómatas eróticos y realizamos todos los gestos requeridos para la ocasión.

Seducimos, buscamos, finalmente algo encontramos y nos besuqueamos, nos toqueteamos, absorbemos mutuamente nuestros flujos, penetramos y nos penetran, mordisqueamos, acariciamos, en fin, nos cachondeamos. Cuando nos acoplamos realizamos contorciones —que fuera de contexto resultarían desopilantes— para sacarnos de encima eso mismo que provocamos: sobreexcitación, ansiedad, cabrilleos corporales y, como corolario de ese periplo pulsional, acabamos cayendo abruptamente en el más desmayado de los relax.

*

Hubo un destacado filósofo que pretendió escribir una historia de la sexualidad en seis volúmenes. Firmó contratos, dedicó años y años a la investigación del tema e incluso llegó a publicar el primer tomo de la serie. Pero después de ese libro, y de hipotecar años de su vida para solventar esa busca, admitió que su objeto de estudio era inhallable. No existen rastros de lo que nosotros denominamos sexualidad con anterioridad al siglo de las luces.

El enigma de la sexualidad colonizó el pensamiento de Michel Foucault durante largo tiempo. Al principio comenzó bien. Investigó la sexualidad moderna y obtuvo material que convirtió en oro conceptual. Apareció La voluntad de saber. ¿Su idea cronológica? Analizar en primer término la sexualidad moderna para luego ir hacia atrás en el tiempo. Como una película que comenzara por el final. Pero es ahí donde se produjo la frustración. Buscó en vano la sexualidad medieval, la de los primeros cristianos, la de los romanos imperiales y la de los griegos antiguos. Escribió y destruyó dos libros y declaró públicamente que no podía cumplir con lo prometido. No había manera de desandar una historia de la sexualidad por la sencilla razón de que la sexualidad es un invento moderno y, por consiguiente, no existía antes de esa época. De lo sí se podía hablar, porque

tenía espesor ontológico, es de la sexualidad moderna. Pero ya Foucault lo había hecho en el primer tomo de su historia de la sexualidad.

No obstante seguía en pie el desafío de asumir el compromiso editorial (que de todos modos no alcanzó a completar totalmente). Investigar y escribir los cinco libros restantes. Pero, ¿cómo salir de la encrucijada? A falta de sexualidad se dedicó a las subjetividades deseantes y sus variabilidades a través del tiempo. El filósofo fue un contemporáneo de la sexualidad, así como del surgimiento de la perplejidad científica y planetaria que lo mató de manera anónima. Aún no existía el término “sida” aunque sí su materialidad.

Justamente, en el presente libro, arriesgo la idea de que el sida fue uno, entre tantos, de los motivos de la disolución de la sexualidad. Coadyuvieron también los mismos acontecimientos que la crearon pero que -llevados a sus últimas consecuencias- terminaron por destruirla: el narcisismo, el hedonismo, la invención de la niñez, la desvaloración de la vejez, el invento de la moda, los nuevos hábitos higiénicos (o no higiénicos), la obsesión sexual en el discurso y las prácticas jurídicas y médicas, las iglesias, la familia, la educación, la medicina, la cárcel, la sexología.

Me desplazo asimismo por los vericuetos del poder, por los aspectos maquiavélicos de ciertas militancias, por la inquietante figura de las hechiceras, las endemoniadas y las brujas sin olvidar obviamente los contorneos eróticos de las monjas posesas. Marcho con las mujeres de la todavía no lograda emancipación femenina y con los hombres lesbianos. Me encuentro con el Petiso Orejudo y hasta con los entuertos científicos de Cesare Lombroso.

Recorro mitos sexuales heredados de la carne cristiana y los afrodisíacos paganos, del discurso religioso judeocristiano y su obsesión por los genitales y los derrames de semen. Me choco con los despreciadores del cuerpo así como con la astucia del dispositivo que, bajo el lema que del sexo no se habla, construye deseos acuciantes. En rincones impensables me encuentro con masturbadores. Visito castillos del amor cortés. Pelegrino por santuarios marianos y tropiezo con la imagen de la mujer

como dos caras de una misma moneda: inmaculada u obscena, mezclada con diosas arcaicas y hadas medievales. Rescato así mismo críticas a las discriminaciones identificadoras únicas como si no anheláramos, como dice la poesía girondina, esperar la rompiente con un cutis de playa, ofrecer al rocío dos senos de magnolia, acariciar la tierra con un vientre de oruga y vivir, unos meses, adentro de una piedra.

Casi terminando el recorrido me encuentro con niños apesadumbrados por el peso de sus vigiladores ético-sexuales, con moralistas morbosos que tratan de refrenar las pasiones de los demás, con coacciones al goce y con negaciones de la vida, paradójicamente en nombre de la vida. Me indigno con lo desangelado de los preservativos y abogo por su erotización. También me encuentro con violadores, con adúlteros, con homosexuales invirtiendo los códigos machistas y con frecuentadores de orgías. Descubro que no solo la mujer es objeto comprable, también hay prostitutos. Me sorprendo con la erotización que el discurso hitleriano producía en los SS., y con los pedidos de preñez que las mujeres italianas fascistas le hacían a su líder. También invito a reflexionar sobre eso de “hacer el amor con mil”.

*

Finalmente propongo una concepción pos-foucaultiana de la sexualidad. Considero que el paroxismo de la mostración desenfada de atributos sexuales a partir de prácticas desacralizadoras del deseo , acompañado de la vulgarización mediática del cuerpo y la exacerbación digital -de lo que hasta hace unas décadas era del orden del misterio-, han asfixiado a la sexualidad. (Breve aclaración: me refiero a “sexo” como entidad fisiológica y anatómica, y a “sexualidad” como imaginario, prácticas y discursos relacionadas con el sexo).

Crece un interrogante mientras nos alimentamos con el cadáver de la sexualidad. Si ya no disfrutamos del uso de los placeres paganos, ni de las morbosidades de la carne cristiana, ni de la producción deseante de la sexualidad moderna, ¿cuál será el destino de nuestro deseo?, ese